



Astrid Lindgren, una escritora universal

Víctor Montoya

Astrid Lindgren (1907-2002) nació en Vimmerby, Suecia, en el seno de una familia campesina. Su infancia transcurrió en una vieja casa, cubierta con tejas rojas y cercada de manzanos, y en medio de una naturaleza a menudo pedregosa, donde los bosques de abetos y pinos están delimitados por las rocas que han dejado las glaciaciones, y donde las flores blancas de las fresas y el silbido de los mirlos concede una sobrecogedora belleza al paisaje; panorama que Lindgren ha usado como un valioso recurso en su creación literaria, junto a las mejores vivencias de su infancia.

A partir de la década de los 40, replegada en su hogar como ama de casa, Astrid Lindgren empieza a escribir regularmente, aunque sus atisbos literarios se advierten ya en 1923, año en que colabora en un periódico de su ciudad natal. En 1944 debuta con un libro juvenil de poca trascendencia. Sin embargo, los libros que la sitúan en la cumbre de los escritores para niños son: *Pippa Mediaslargas* (1945), *Pippa se embarca* (1946) y *Pippa en los mares del Sur* (1948). Esta trilogía inspirada en los miembros de su familia y ambientada en los bosques, lagos y casas de Småland, se convierten en el mayor suceso editorial de todos los tiempos.

Según confesiones de Astrid Lindgren, se sabe que el nombre de Pippa la concibió cuando su hija de siete años, enferma de una infección pulmonar en el invierno de 1941, le pidió que le narrara, a fin de matar el tedio en sus horas de encierro, las aventuras de una niña llamada Pippa Mediaslargas, Dos años después, mientras Astrid Lindgren reposaba de una fractura en la pierna, aprovechó su tiempo para escribir las aventuras de esta niña traviesa que pronto daría la vuelta el mundo.

El manuscrito se la obsequió a su hija, cuando ésta cumplió diez años de edad. Ese mismo año, 1944, la sometió a consideración de la editorial Bonniers, que desaconsejó la publicación de la obra. No obstante, como suele suceder con los libros que no encuentran editor dispuesto a correr los riesgos, *Pippa Mediaslargas* mereció el primer premio en el concurso literario convocado por la editorial Rubén & Sjögren en 1945. El jurado calificó la obra de “original, apasionante y cargado de un humor desarmante”. En efecto, su personaje central, una niña pecosa, de trenzas tiesas y calzas largas, gana de inmediato el corazón de los niños, quienes se identifican con las aventuras del personaje, quien vive la realidad en forma maravillosa, sin que intervengan necesariamente elementos mágicos o fabulosos.

El desbordante éxito del libro hizo que los críticos escépticos queden sorprendidos y pasmados, porque consideraban que Pippa era una figura amenazante para los adultos y dañina para la conducta moral y ética de los niños. Pero lo que no sospecharon los críticos fue el hecho de que este libro respondía a la exigencias de la época, y que Pippa Mediaslargas, una niña que desafía a los maestros, que no tiene preocupaciones económicas, que ridiculiza la autoridad de los policías, que hace malabarismos en el alero del techo y levanta en vilo un caballo, luego sería vertido en más de 60 idiomas, solicitada en las pantallas y consagrada como la obra más leída entre los niños.

Después de Pippa, Astrid Lindgren publicó la trilogía: *Los niños de Bullerbyn* (1947), *Más sobre los niños de Bullerbyn* (1949) y *Es divertido de Bullerbyn* (1952). En estos libros, a diferencia de los anteriores, los personajes son seis niños que no viven de manera anárquica ni se rebelan contra la autoridad de los



adultos; por el contrario, todo lo que se escribe está visto por los ojos de Lisa, una niña armónica de siete años, quien vive en un ámbito idílico, donde el juego y la fantasía ocupan un rol central, como en *Madita* (1960) y *Lotta en Bråkmakargatan* (1961), que son libros escritos con toda espontaneidad y sin mayor esfuerzo estilístico. Y, aunque los adultos están siempre condenados a tener un rol pasivo, lo que les ocurre a los niños en Bullerbyn, son hechos que pueden ocurrirle a cualquier niño de cualquier lugar del mundo. No se relatan aventuras excepcionales, sino hechos cotidianos, en los cuales los niños se divierten con frenesí y sus deberes se transforman en un hábito de alegría y compañerismo.

Los libros *Miguel el travieso* (1963), *Nuevas aventuras de Miguel* (1966) y *Otra vez Miguel* (1970), están basados en la infancia de su padre, Samuel Augusto, quien, además de relatarle las peripecias de su vida en el campo, le proporcionó datos sobre la rica tradición folklórica del sur de Suecia; material que la autora eleva a un auténtico nivel literario y usa como inagotable fuente de inspiración. De modo que la aventuras de Miguel, a tiempo de trasladarnos a un ambiente conservador y patriarcal de principios de siglo, nos cuenta con ingenioso humor las anécdotas de un niño que, con furia y amor, procura burlar la autoridad del padre en afán de llegar a ser un individuo respetable.

Si Pippa representa la rebeldía y Lisa la armonía, entonces Miguel es la combinación de ambos factores, puesto que representa a un niño en todas sus dimensiones. Con todo, en los “círculos radicales” de los años 60 se vio a Miguel como al prototipo del capitalista agrario; cuando en realidad este niño, que a los cinco años de edad podía domar un toro, tiene todos los rasgos de un luchador social, puesto que es capaz de abrir las puertas de una despensa de par en par, para dar de comer a los más necesitados; actitud que, por lo demás, ningún capitalista asumiría de buena voluntad.

Es fácil constatar que los libros de Astrid Lindgren están escritos desde la perspectiva de los niños, sin olvidarse que de que éstos, al igual que los adultos, tienen sentimientos contradictorios acerca de la vida y la muerte, los sueños y la realidad, la alegría y la tristeza, el miedo y el coraje. Así, por ejemplo, en *Mio, mi pequeño Mio* (1954) y *Los hermanos Corazón de León* (1973) se plantea la dicotomía bueno/malo y el tema de la muerte, que hasta mediados de este siglo era una especie de tabú en los libros infantiles. *Mio, mi pequeño Mio*, que es el primer cuento extenso de Astrid Lindgren, arranca de una realidad sentimental concreta, para luego ingresar por vía mágica al mundo de la fantasía: un niño huérfano está sentado en un banco de la ciudad y, con el golpe de la imaginación, se traslada a un país remoto, donde es nombrado hijo de un rey y convocado a cumplir la hazaña de matar al representante del mal, al jinete Kato. En este libro, además de exaltar los valores humanos positivos, se utiliza varios elementos estilísticos de los cuentos de hadas, como los poderes mágicas, las capas invisibles, las espadas extraordinarias, los caballos alados y otros recursos sobrenaturales.

El personaje principal de *Los hermanos Corazón de León* es Skarpan, un niño enfermo, desamparado, que aguarda la muerte tendido sobre un sofá, para ir al encuentro de su hermano mayor, Jonathan, quien murió en un incendio por salvar la vida de otro. El día que vuela Jonathan convertido en ave, Skarpan entiende que lo viene a recoger para llevarlo a Nangijala, que no es un paraíso sino un continente amenazado por fuerzas malignas, a las cuales se debe derrotar con violencia, para luego disfrutar de la paz y la felicidad. Si bien el tema del libro aborda los lazos de amistad entre hermanos, con todo el poder de admiración, añoranza, temor y cariño, también plantea, desde un principio, el fenómeno de la muerte como una realidad. A lo largo del trama, mezcla de realidad y fantasía, que Astrid Lindgren concibió al visitar un cementerio y leer en una lápida: “Aquí descansan los hermanos Fahlén, fallecidos en 1860”, los



lectores experimentan una profunda angustia. Pero, a la vez, una catarsis liberadora, puesto que el tema de la muerte está tratado de manera que, en el desenlace, el niño siente aliviada su pena, o, como diría el psicoanalista Brunno Bettelheim, el niño se libera de sus ataduras psíquicas.

Ronja, la hija del bandolero (1981), contrariamente a *Mio, mi pequeño Mio* y *Los hermanos Corazón de León*, es un cuento feliz, a pesar de contener ciertos pasajes de violencia, terror y muerte, propios de un ambiente primitivo, donde dos clanes de bandoleros se enfrentan entre sí. Este es el primer libro de Astrid Lindgren en el que se sigue el desarrollo de una niña desde su nacimiento hasta su pubertad. Ronja, la hija del bandolero, vive en un bosque salvaje, donde aprende a revelar los secretos de la naturaleza y a sobrevivir a los múltiples peligros que le presenta su entorno.

La relación que se desarrolla entre Ronja y Birk, hijo del jefe del bando contrario, más que parecerse al romance de Romeo y Julieta de Shakespeare, es un símbolo de fraternidad entre dos clanes antagónicos. Otros aspectos centrales del libro, tratados simultáneamente, son: la relación entre generaciones, entre la mujer y el hombre y, sobre todo, entre padres e hijos. Tanto Pippa como Ronja tienen una magnífica relación con sus padres, quizá a diferencia de algunos personajes masculinos que son huérfanos y carecen del amor paterno, como es el caso de Mio y Rasmus. Es también digno destacar que Ronja, quien se hace fuerte gracias al soporte de sus padres, es el personaje que mejor simboliza las pasiones e intenciones de esta escritora sueca, quien se manifiesta en defensa de la ecología y contra el armamentismo y la guerra.

Astrid Lindgren, al margen de su propia producción, ha sido una impulsora entusiasta de la literatura infantil escandinava, por intermedio de la editorial Rubén & Sjögren, en cuya redacción desempeñó la función de consejera en la sección de libros para niños, conscientes de que "el amor a los libros debe cimentarse temprano, en el mejor de los casos ya con la leche materna (...) Un hábito cariñoso y temprano en el mundo de la palabra y el ritmo, y una armónica continuación por ese camino, es una de las formas más ingeniosas de formar al futuro amante de los libros que, al final, con un brinco de alegría se lanza sobre la literatura de adultos, tanto sobre su prosa como sobre su poesía...". Astrid Lindgren es, sin el menor resquicio para la duda, uno de los clásicos de la literatura infantil y juvenil, artífice de un maravilloso universo literario que no conoce edades ni fronteras. Sus obras, rebosante de humor y calor humano, no sólo sirven para estimular la fantasía en ciernes, sino también para demostrar que la lectura es la más extraordinaria aventura que experimentarse pueda.

Por otro lado, desde 1958, año en que se le concedió la medalla Hans Christian Andersen, ha sido merecedora de varias distinciones en el contexto nacional e internacional, como justo reconocimiento a su prolífica labor literaria y su encomiable lucha en defensa de los derechos de la infancia.

Astrid Lindgren, como pocas escritoras de renombre universal, logró que sus libros sean las puertas abiertas a un jardín secreto, donde los niños ingresan a formar parte de la trama como si fuesen un personaje más, convencida de que la felicidad no sólo se encuentra a través del sueño, sino también en base a la literatura ficticia creada por el escritor.